

# ULTIMA CARTA ABIERTA A FLORENTINO PEREZ-EMBIID

Torcuato Luca de Tena

QUISE pedir a Dios por ti y no pude, porque un impulso secreto e irreprimible me inclinaba a pedirte a ti que rogaras a Dios por los que fuimos tus amigos.

Goicoechea, en la oración fúnebre ante el cuerpo de Calvo Sotelo, expresó la misma idea con mejores palabras. Mas yo no pensaba en ellos ni en este antecedente cuando te hice la última y definitiva visita. Ante tu cuerpo sin vida consideré que acaso no haya conocido un hombre más cabal, más noble, más limpio en sus ideas y en sus actitudes del que fuiste tú cuando la vida aún alentaba en tu cuerpo. Y pensé que la razón de existir Dios estaba justificada en la sola realidad de hombres tan fundamental y radicalmente buenos como lo fuiste tú a tu paso por la tierra, dando testimonio

sin palabrerías, casi sin palabras, mas sí con hechos, de tu fe en el que te creó.

Pensé esto y brotó espontánea, casi contra mi criterio y mi voluntad, esa petición de rogarte a ti por nosotros la limosna de esa oración que yo no ofrecí a Dios por ti ante tu cuerpo muerto.

Había una expresión en tu rostro que lo impedía. Voy a hablarte de esto, Florentino, en esta última carta que te escribo. Yo te había oído hablar de tu horror a la muerte. No soy excepción: muchos de tus amigos habíamos oído lo mismo de tus labios, no una, sino reiteradas veces.

Tú eras hombre «profesionalmente religioso» —si me permites esta insolencia— y nosotros no. Tú pertenecías a una congregación religiosa especialmente polémica.

Con el matrimonio Luca de Tena. 5 noviembre 1967.



mica: el Opus Dei, y ninguno de los amigos que tenías en ese círculo político, periodístico e intelectual en que yo me movía pertenecía a ella. Y en cierto modo nos escandalizaba ese terror al más allá en quien, como tú, creía en él con más firmeza que nosotros.

¿Tenías miedo a la muerte? ¿Por qué, entonces, tu cadáver sonreía? Acaso, desde ahí donde estás, no sepas nada del cuerpo que dejaste aquí abajo. Y, en cambio, te lleguen las evocaciones de quienes te hablan. De ser así quiero que sepas que en tu rostro había una sonrisa, un rictus medio irónico y satisfecho de quien quiere expresar con cierta vanidad y en andaluz algo así como esto: «El trance ha salido bien; he sido un gran estúpido con mis remilgos; esto es la gloria...»

¿Cómo quieres —con esa cara— que improvisara una oración compungida por la desgracia de tu muerte? No pude, amigo, no pude; y me brotó del alma la otra: la de pedirte a ti, el sonriente, que rogaras por nosotros, los entristecidos.

En un poemilla jocoso —de los que se escriben fiando en el buen humor y la benevolencia de sus

destinatarios— te escribí, estando vivo, unos ripios de los que entresaco los centrales de una cuarteta:

*Cielo y tierra, ten con ten,  
cilicio y Remy Martin.*

Y ahora —perdiendo el pudor que siempre he sentido por mi obra poética— pienso que, acaso, es la mejor definición que se ha escrito sobre ti.

Tu rostro muerto, amigo, era el de un buen vividor... «trascendente»:

*Los pies fijos en la tierra,  
la mirada puesta en Dios.*

Me pareció una acción inútil pedirle a Dios por ti; un atentado contra la economía del tiempo: una pérdida de lo mismo. E hice lo que me aconsejaba la lógica, a pesar de atentar contra una vanidad que ya no tienes.

Es una explicación que te debía tu amigo de aquí abajo.

(«ABC», Madrid, 26 de diciembre de 1974.)